

## 20. EL PAUJÍ (Rosa)

Nombrar El Paují era viajar a un lugar y a un tiempo en el cual cada día parecía ser perfecto, radiante; daban ganas de vivir eternamente, por mucho que supiéramos que no debía perdurar. Buscando el secreto de lo efímero, encontramos ahí la eternidad, y nos aferramos a nuestro paraíso escondido, aislado en aquella esquina de belleza salvaje al borde de los tepuyes, con la selva amazónica por vecina de abajo; cómo no hacerlo, si durante décadas respiramos el aire más puro del planeta. Tal vez por eso, El Paují nunca se vino abajo, lo fuimos abandonando sin más, dejándolo ahí, arrinconado; una utopía que nadie quiso demoler.

Robert decía que los primeros en llegar fueron dos parejas de alemanes, tras la Gran Guerra, y que se fueron antes de los años cuarenta. Cuando mi padre me trajo a El Paují, en el 49, ya había sesenta familias instaladas, de veintidós nacionalidades diferentes, un matiz cosmopolita muy secundario porque lo que captó mi atención desde el primer momento fue su atmósfera de comunidad, pese a no ser más que un parche de selva donde cada cual había construido su casa en el recoveco que mejor le convino. No obstante, de tanto ir y venir, con los años un pequeño sendero unió cada casa con la Posta, y las más alejadas también se conectaban con otras casas en el camino a la Posta; un laberinto de arañazos en la selva que transmitía al recién llegado una inequívoca sensación de comunidad.

Aparte de la trocha que llegaba desde Santa Elena de Uarén, a setenta y cinco kilómetros, no había calles en El Paují, ni forma racional de orientarse. La trocha terminaba en un ensanche, conformado por los giros que tenían que hacer las camionetas para dar la vuelta y regresar a Santa Elena —era eso o estamparse contra la selva—, y ese terreno rojizo hacía las veces de plaza central, parada de vehículos y escenario para eventos. Así estuvo, más parecido a un erial que al centro de una comunidad, hasta la visita del presidente Pérez Jiménez en el 53, cuando los militares de Santa Elena vinieron a aplanarlo y ensancharlo para que sirviera de helipuerto. La Posta, como le llamábamos, quedó uniforme, y se oficializó como plaza del Paují —jamás hubo cambios ulteriores, ni estéticos ni funcionales—, delimitada por la abarrotería de James, la casa comunitaria, la escuela y, obviamente, la oficina postal: una churuata con una mesa dentro, sobre la cual se acumulaban las cartas recibidas, y una caja blanca para depositar los envíos con un aviso en letras rojas: “Mike, por favor, no olvides regresarla”. Mike era el piloto que llevaba y traía el correo, además de algunas mercancías, cada quince o veinte días.

Eso era la Posta. El resto de lo que alguien un día comenzó a llamar El Paují lo conformaba un dedalo de senderos que comunicaban unas casas con otras a través de áreas de sabana y tramos de auténtica selva; una comunidad que nunca pasó de ser un extraño reducto, lejísimo de las ciudades, sobre la cual circularon multitud de leyendas por todo el país. Primero se dijo que éramos un grupo comunista, después anarquista, términos europeos que nadie entendía con exactitud en Venezuela, pero que sonaban peligrosos; también se nos acusó de ser un pueblo de extranjeros donde no se hablaba español, una secta satánica, una comuna de artistas que se drogaba con mescalina y otros

alucinógenos, y que producíamos la miel más sabrosa del país. Esto último era cierto. En El Paují jamás se vertió una gota de fertilizantes ni de químicos agrícolas, y las abejas libaban de unas flores tan naturales como antiguas; no en vano, estábamos asentados en una esquina del Macizo Guayanés, la cordillera más vieja de la Madre Tierra.

En 1953, tras el fallido asalto de Fidel Castro al cuartel Moncada en Cuba, el rumor comunista cobró fuerza, y hasta Caracas llegó la noticia de que un grupo de estalinistas atrincherados en El Paují planeaba derrocar al gobierno. Si bien los informes militares desmintieron el rumor —probablemente nuestro mayor sabotaje fuera causarle un ataque de risa a algún general—, el presidente Pérez Jiménez quiso venir en persona para saber qué ocurría en la esquina más remota de Venezuela. Una vez concluida la recepción en la Posta —la primera y única vez que aterrizó un helicóptero en El Paují—, el presidente preguntó:

—Y ustedes, ¿dónde demonios viven?

Nos echamos a reír, y un desorden de voces formó un clamor de invitaciones:

"Presidente, por aquí nomás, yo vivo a dos pasos, mi casa es su casa...", "Presidente, venga a mi casa, en un momentito hacemos pan y prueba usted la miel de El Paují...". Pérez Jiménez estuvo un par de minutos mirando con perplejidad la selva desde la Posta, e hizo varios gestos con la cabeza que cada cual interpretó a su manera, dando pie a decenas de chistes y bromas que todavía hoy se recuerdan, se disculpó por no visitar ninguna de las casas y, finalizada una breve arenga en la que aseguró que el gobierno emprendería un plan de desarrollo urbano, se montó en el helicóptero y desapareció.

Por supuesto, ni éramos comunistas ni satánicos —en El Paují nunca tuvimos ayuntamiento, tampoco iglesia—, esos temas quedaban lejos, como el mundo que habíamos dejado atrás. La población de El Paují, que durante tres décadas osciló entre sesenta y cien familias, era una amalgama de músicos, pintores, bailarines, escultores, poetas, místicos, chamanes, e incluso académicos, que sobrevivía sin alcalde, sin policía, sin leyes escritas y sin nombres en las calles. Lo que muy poca gente supo es que El Paují fue, desde 1952 a 1970, el centro vital del Círculo de Artes Efímeras. Y nadie lo sabrá jamás, porque de ninguna obra quedó testimonio que lo pueda demostrar.

Aquí, en El Paují, expuso Alfonso Costa sus creaciones más insólitas —las que nunca se vieron en las galerías de Nueva York—, se interpretó música que jamás volvió a ser escuchada, se leyeron novelas inéditas alrededor de una fogata en la que se iban quemando las páginas, una a una. Vinieron también algunos de los grandes artistas del siglo XX, atraídos por la leyenda del arte efímero y cargados de escepticismo. De todos ellos, sólo Costa se quedó, aunque a su manera, pues él nunca encontró inconveniente en ganar dinero con sus creaciones; "Para pagar mi reserva de ron y poder invitar a mis amigos", decía con su característico buen humor. Y es curioso que, tras la marcha en el 71 de los últimos que todavía quedábamos en El Paují, haya sido Costa —el extravagante y millonario Costa— el único que ha regresado, y me consta que pasa grandes temporadas en nuestro paraíso abandonado.

Recuerdo con especial simpatía la visita de Neruda, quien lloró al ver los poemas de su compatriota Roberto Solana escritos en arcilla y expuestos al sol. Lloraba contemplando

como, día a día —Neruda pasó una semana larga entre nosotros—, las tablillas se quebraban en pedazos sobre el suelo.

—Este muchacho loco..., no puede ser, ¿qué está haciendo con tanta belleza? Le debe una explicación al mundo, nos está privando de esta poesía maravillosa —protestó, mitad indignado, mitad apesadumbrado.

Neruda se mostró en profundo desacuerdo con el Círculo de Artes Efímeras, su parecer comunista ponía por encima del arte la obligación con la sociedad —“El artista es un obrero”, decía—. No obstante, cumplió con la palabra que nos dio, y jamás mencionó en público a El Paují ni lo que aquí se hacía. De los grandes que vinieron, fue Cortázar el único que sintió cierta simpatía por el movimiento; escribió bastante durante los días que estuvo aquí, y, cumpliendo nuestras normas, todo lo quemó al término de su lectura. Sin embargo, por la expresión de abatimiento con la que observaba la hoguera, fue obvio que para él no resultó una experiencia liberadora, más bien todo lo contrario.

—He de irme de aquí para no regresar —anunció con tono solemne—, nunca tuve tanta inspiración como la que siento entre ustedes. La idea de saber que el cuento que escriba por la mañana sucumbirá, pasto de las llamas, con la llegada de la noche, estimula mi creatividad de un modo que jamás había sentido antes, lo cual es injustificable e insoportable para mí. No puedo condenarlo al olvido sin más testimonio que los oídos de El Paují, igual que si matara a un hijo; yo necesito comunicar lo que escribo, necesito compartirlo, necesito que me sobreviva... Y sin embargo, esta creatividad...

El Círculo de Artes Efímeras tenía otros puntos de encuentro, como los conciertos anuales de Vartán en la Capadocia, pero su meca siempre fue El Paují; aquí venían todos a pasar largas temporadas, a espaldas de un mundo que había mercantilizado el arte. Y también todos, Alfonso Costa no era el único, dedicábamos parte de nuestra producción al mercado; teníamos que vivir de algo, y nuestro paraíso, tan alejado de la civilización, era muy costoso. No obstante puedo afirmar que la mayoría de nosotros subrayábamos la importancia del rasgo efímero del arte, y eran las creaciones más hermosas, las elegidas para ser exhibidas y destruidas en El Paují. Durante los cincuenta y los sesenta, cada evento se convirtió en una manifestación en pro de la fugacidad de la vida; queríamos difundir un ideal en el cual creíamos, y difundirlo sin alterar nuestra esencia.

Algunos artistas también realizaban sus *happenings* fuera de El Paují, en Europa y en Sudamérica, y eso fue lo que originó la leyenda sobre el Círculo de Artes Efímeras; un cuchicheo en voz baja que, a finales de los sesenta, se transformó en gritos. Sabíamos que un día tendría que desaparecer, no podría ser de otra manera, El Paují tenía que ser efímero.

Sin embargo, el fin llegó mucho más tarde de lo previsto. Los años pasaban y, contra todo pronóstico, El Paují seguía activo, productivo y destructivo; no crecía demasiado —fue en 1957 cuando, por única vez, la población llegó a las cien familias—, algunos artistas venían, otros se iban, pero se mantenía estable. Y comenzamos a soñar con una paradoja: buscando vivir en la intensidad de lo efímero, estábamos eternizándolo, El Paují empezaba a echar raíces. Obviamente, no sucedió.

El principio del fin comenzó en 1969, cuando Pablo Aviotti, un periodista argentino, publicó de manera insistente sobre Alfonso Costa y su relación con “un misterioso grupo

de pintores y escultores elitistas que destruyen sus obras”. Era evidente, por el contenido de sus reportajes, que no tenía más que una vaga idea, fantasiosa, de lo que ocurría en El Paují; aun así, una de sus crónicas obtuvo mucha difusión en Italia y después se extendió por toda Europa Occidental. La prensa se echó encima de los artistas que destruían sus obras en Europa, y también de los *performancers* callejeros; querían nombres, un líder, una historia, un lugar. Querían saber.

Durante ese año tuvimos miedo de que El Paují se hiciera visible al mundo y perder nuestro paraíso, no en el sentido de que fuera nuestro o eterno —pues defendíamos justo lo contrario—, sino que alguien por una casualidad asociara los eventos de El Paují con Alfonso Costa y la prensa nos encontrara. Sabíamos que detrás de ellos vendría el mercado con su vorágine, hambriento de nuevos productos para vender.

Nos fuimos antes de que nos encontrarán. En el 70, sin acuerdo previo, sin plan alguno, El Paují comenzó su desaparición, tan discreta y paulatina como fue su aparición de la nada, y tan acorde con sus principios. A comienzos del año siguiente, apenas quedaban diez casas habitadas en El Paují, lo demás se puso a la venta, ni siquiera hubo una despedida entre nosotros, hasta en el último momento fuimos consecuentes con la belleza que habíamos creado. Una lectura de Roberto Solana, un poema sobre una monja en una isla desierta, eso fue lo último que se compartió en la Posta, sin saber que sería lo último.

Abandonamos El Paují, y la Posta se quedó llena de colibríes asombrados por el arte que allí vivió en secreto durante veinte años. Quién podría imaginar entonces que dos décadas más tarde se repoblaría para convertirse en un destino de retiro vacacional. Mi casa se transformó en un hostel.

Por eso añoraba El Paují, y cuando aquel día Eric me dijo en la cena que Augusto, el joven español, estaba en Coro, aun con todo el afecto que le profesaba, dudé de si realmente quería verlo. Sabía que él tuvo mucho que ver con la desaparición del Círculo.

(Capítulo de la novela El Círculo de las Artes Efímeras, de Salva Rodríguez)

[www.unviajedecuento.weebly.com](http://www.unviajedecuento.weebly.com)

FB: El Círculo de las Artes Efímeras